



«En la guerra te vuelves más ateo. Yo sustituí a Jesús por Franz Kafka»

Tras el tremendo aldabonazo de «Los bosnios», que retrataba con extrema crudeza los horrores de la última gran guerra europea, Velibor Colic recurre a la ironía y el humor con «Manual de exilio», retrato de su nueva vida en Francia

ALFONSO ARMADA

No pasa nunca inadvertido. Ni por su envergadura, ni por su acento, ni por su balcánico sentido del humor. Velibor Colic (Modrica, Bos-

nia, 1964) vio reducida a cenizas su casa y sus manuscritos durante la guerra. Alistado en la Armija bosnia, desertó, fue apresado y huyó a Francia. *Manual de exilio* es la segunda novela que publica en España, tras el impacto de su primer

libro traducido también por Periférica, *Los bosnios*.

¿De verdad cree que toda la desgracia de los hombres procede de la esperanza, como se lee en la frase de Camus que abre su libro?

¡Qué puedo decir! ¿Por qué he

elegido esta frase de Albert Camus? Porque este escritor es mi preferido. Es el segundo orgullo de mi exilio. El primero fue escribir *Los bosnios*. Además, la primera novela que he leído totalmente en francés fue *El extranjero*. Siempre ha

habido este desfase entre la esperanza, mis ansias, y la realidad. Entre lo que pensaba y la realidad. El principio del exilio es una bofetada, es el insulto. No directamente. Nadie te va a insultar, pero incluso la gente bien intencionada te insulta de una forma muy sencilla, muy tonta, porque yo era un iletrado, no entendía nada. Tenía 28 o 29 años y me hablaban como a un débil mental, como Tarzán a Jane. Era un desfase entre la esperanza que genera el exilio y la realidad que es la bofetada.

¿Es la esperanza una forma de autoengaño?

Sí, en cierta forma sí. Es un sedativo, un calmante. Es una droga. Mi motor es la literatura, a tres niveles: como escritura (rellenaba páginas y páginas de cosas ilegibles), literatura como lector (era mi mayor frustración, porque no conseguía leer) y literatura como supositorio de la religión.

¿Supositorio o sustituto?

Supositorio [se ríe con ganas. La intérprete, Isabel Piquer, que intenta que no descarrile



Velibor Colic, durante su entrevista en Madrid

IGNACIO GIL

la entrevista, dice que Colic se reclama como ateo y laico. Y que en realidad quiere decir sustituto). Ser creyente en el exilio es más fácil, porque puedes acudir a una iglesia y rezar. Pero si eres laico no tienes nada. Cuando estás en medio de la guerra te vuelves todavía más ateo de lo que eras. En mi caso sustituí a Jesús por Franz Kafka, a San Cristóbal por Edgar Allan Poe y a la Virgen María por Oscar Wilde. Con la distancia, ahora me digo que la literatura fue el motor, lo que me impulsaba, lo que me dio la fuerza.

¿Por qué llevaba en su equipaje de exilio una fotografía de Emily Dickinson?
Siempre la llevo conmigo. Cuando la guerra estaba escribiendo una historia y encontré en algún lugar una foto de Emily Dickinson y la fotocopié. Y en el cuaderno en el que escribí *Los bosnios* puse la foto de Emily Dickinson.

¿Y sigue con usted?
Sí, la tengo en mi casa. Para mí es una suerte de fetiche.

¿Le da miedo la muerte?



La literatura
«Con la distancia, ahora me digo que la literatura fue el motor, lo que me impulsaba»

El idioma
«Escribo en francés, pero cuando me encolerizo juro en serbocroata»

Muerte
«La guerra de Bosnia fue un genocidio (Srebrenica), un memoricidio (matar el recuerdo de que vivimos juntos) y un urbicidio»

Ahora empieza. Ahora empiezo a darme cuenta de que no soy inmortal. La idea de mi propia mortalidad se ha hecho evidente. Si el avión empieza a moverse pienso en ella, pero en cuanto se estabiliza me olvido de ella.

Ahora disfruta, como dice en su libro, de una especie de segunda vida. ¿Una segunda oportunidad?

Sí. Hay algo muy divertido, y es que he publicado tres veces un primer libro. Primero en Yugoslavia cuando era muy joven, luego publiqué mi primer libro en Francia en serbocroata, y por último mi primer libro escrito originalmente en francés. O sea, que es la juventud eterna. Segunda oportunidad, no lo sé. Pero segunda vida, sí. El exilio es una ruptura, hay un antes y un después.

¿Escribe en francés o en serbocroata?

Sólo en francés. Tengo tres idiomas: mi lengua materna, mi lengua de cada día y un idioma de escritura. Ahora ya no me planteo la pregunta. Cuando escribo pienso en francés. Cuando sueño no sé en qué idioma sueño. A veces sueño con las mezzitas de Sarajevo en Estrasburgo. Cuento de cero a diez en serbocroata. Cuando estoy un poco enfadado, maldigo en francés. Pero cuando estoy furioso juro en serbocroata.

¿Volverá a vivir en Bosnia algún día?

Voluntariamente, no.

¿Seguirá siendo «el refugiado»?

Sí. Me defino como un hombre con acento. Es el idioma lo que hace de mí un extranjero. Ser

extranjero es tener un acento en todas partes, incluso en tu casa. Es el acento lo que me define como extranjero. Es tremendo ser visible. En el metro puedo pasar por un parisino cansado, o por un belga.

Volviendo al origen, ¿ha acabado por convertirse en «el extranjero»?

Así es.

¿Con autoironías como «el Hemingway de los Balcanes» no pretende también ayudar a los expertos en mercadotecnia del mundo editorial?

Para mí no es más que una armadura para protegerme.

Dice en su libro: «Nosotros sólo intentamos construir tres países grandes en el interior de uno pequeño». ¿Fue ese uno de los problemas que llevaron a la guerra?

Sí, sí, desde luego. Estaban ahí los tres sueños de crear la Gran Serbia, la Gran Croacia y la Gran Bosnia. Cuando los sueños son tan grandes en países tan pequeños las fronteras estallan, y mi casa estaba en medio de esas fronteras de esos países soñados. Hay un término monstruoso, que nunca hay que olvidar en Europa, que es la purificación étnica. Nadie ha ganado. La limpieza étnica es la vuelta del nazismo.

¿Es el nacionalismo uno de los grandes males de nuestra época?

El peor.

¿Fue la de Bosnia una guerra civil?

Ahhh. Sí, pero no solo. Nueve víctimas de cada diez fueron civiles. Fue una guerra contra los civiles. Si tuviera que hacer como en la radio francesa, cuando me piden que cuente la guerra en 45 segundos, digo que hay tres niveles: primero, genocidio. A veces reconocido, a veces no. Lo que pasó en Srebrenica fue un genocidio. Hubo memoricidio, matar la memoria de cuando vivimos juntos. En mi pequeña ciudad de la República Srpska, donde había una mezzita desde hace cinco siglos ahora hay un supermercado. Donde estaba la iglesia católica hay un parque. El tercer nivel viene de un intelectual serbio, el alcalde de Belgrado, que lo llama urbicidio. Matar las ciudades. Sarajevo, Vukovar, Mostar... las más bonitas y más mezcladas fueron las más destruidas.

¿Le da miedo Marine Le Pen?

Es populismo de extrema derecha. Si Le Pen gana me exilio a Berlín o Barcelona.

¿Quién es Velibor Colic?

Ciento diez kilos de acento. Voilà. Pero quiero adelgazar. Ya puede poner ciento siete kilos de acento, porque estoy a régimen.

De la guerra de Bosnia al Goncourt

MERCEDES MONMANY

«En el verano de 1992, Colic (Modrica, Bosnia, 1964), de 28 años, desertor del ejército bosnio, aterriza en la ciudad francesa de Rennes. Lleva consigo sólo tres palabras: Jean, Paul y Sartre. En su paupérrima y machacada bolsa de deporte transporta un pedazo de jabón, un cepillo de dientes, un manuscrito que ha logrado sobrevivir de su casa reducida al fuego, una foto de Emily Dickinson, un poco de ropa y dos postales de Zagreb («sin usar»). Allí, en Rennes, en una casa de acogida, arranca su «segunda existencia» que, como él mismo dice recordando aquella época, «anunciaba una larga temporada de emociones clandestinas». La reencarnación de Colic daría pie a un magnífico y fragmentario diario de a bordo del triste periplo de un refugiado, de cualquiera, sin nombre. Pero en esta ocasión el nombre existía, escrito sobre las tapas de varios libros dejados atrás. Se trataba de un escritor al que le sería dado el poder de las palabras para contar más tarde lo que otros muchos sufrieron entonces, y aún hoy, por muy distintas causas y conflictos. Manejando un humor a medio camino entre la negrura más pesimista y toques de jocosa autoironía, Colic es como una parodia de un «manual de contra-ayuda». Un chiste lacónico, ya que ningún exilio jamás se podrá aprender. Emulando a los fabricantes de éxito a la americana, Velibor Colic añadirá un subtítulo aún más disparatado: *Como aprobar su exilio en treinta y cinco lecciones*.

Con sus papeles en regla, «aprobado el exilio» tras estar inmerso en una vida que le parece «ajena», antaño inimaginable, de pobreza, privaciones y la miseria más absoluta, por fin se da cuenta de que puede «sacar partido» del interés que suscita su guerra, la Guerra de Bosnia. Es cuando publica el estremecedor *Los bosnios* (1994), que lo lanza definitivamente como autor. Deprimido, humillado, en apariencia vencido en

muchos momentos, dominado por sombríos pensamientos, Colic tiene dentro de sí, sin embargo, al igual que cualquier artista o creador, «todos los sueños del mundo», como decía el poema de Pessoa. Cuando una profesora de francés, que da clases a un grupo de refugiados, le pregunta por «sus planes en Francia», él responde escuetamente: el Goncourt. La mujer le desea con sarcasmo buena suerte, ya que es «un analfabeto en francés».

Pero se equivocaba. Tras tres libros publicados en su lengua natal en su país de origen, la ex-Yugoslavia, *Manual de exilio*, el último aparecido, sería su séptimo y aclamada novela en francés, la lengua de adopción. Una novela autobiográfica de alguien que llegó a Francia un día, «tras un largo trayecto por una Europa dormida». Alguien que después de atravesar Croacia, Eslovenia, Austria y la Alemania reunificada, tendría que atravesar lo más duro: «el escandaloso silencio y la indiferencia del mundo». También la autoficción de los otros, de intelectuales y «entendidos» que parecen saber de todo. Es invitado a una emisión del programa *France Culture*, junto «con un gran filósofo francés». Este trae, junto a su sabiduría displicente, un gran número de libros. Colic sólo lleva consigo *Si esto es un hombre*, de Primo Levi, y se ve casi reducido al silencio, impotente una vez más al tener que explicar la historia de «sitios con demasiada Historia, que nunca serán un lugar tranquilo y anónimo como Liechtenstein». Al finalizar la charla, tras citar a Nietzsche, el filósofo invitado al programa «acaricia la cabeza» de Velibor Colic y se va por donde ha venido.

Manual de exilio
Velibor Colic



Narrativa
Trad.: Laura Salas Periférica,
2017
234 páginas
18,40 euros